

# LO QUE FUÉ SANIDAD PÚBLICA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

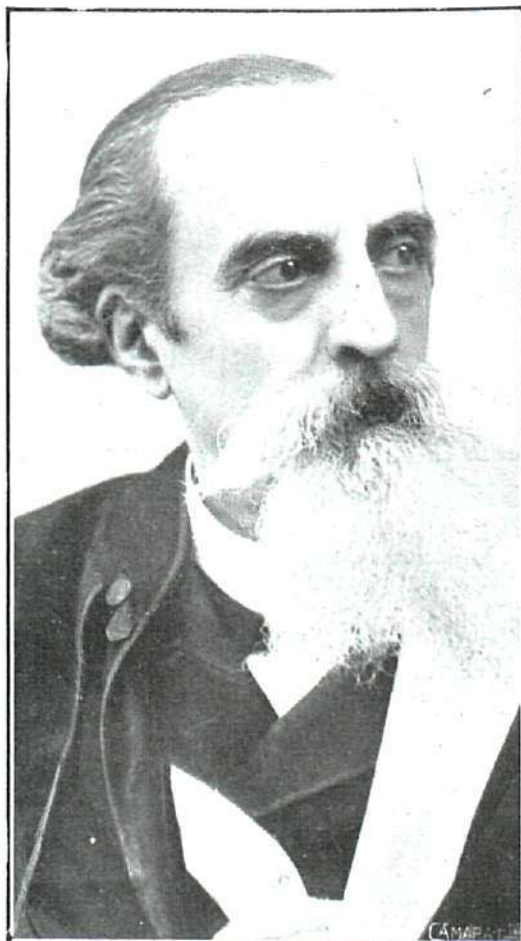
Que verano aquel de 1884! Aún no son viejos algunos de los que lo soportaron y sin embargo sus incidentes parecen cosa de otras edades evocadas en la nuestra por cariño á lo tradicional. Fué entonces cuando se produjo en España la más espantosa de la anarquía sanitaria y á nombre de la defensa, contra las enfermedades, se resucitaron las tendencias crueles de la Edad Media.

El cólera morbo asiático que en aquella sazón arrasaba poblaciones tan importantes como Marsella, se entró en nuestro país por tierras de Alicante á donde llevaron el germen infeccioso los barcos que traficaban por los puertos del Mediterráneo.

Lo mismo fué aparecer el cólera en algunas poblaciones españolas que alzarse en casi todas ellas el más violento y egoísta espíritu defensivo que consistía en aislarse para que no dejando penetrar á nadie en las localidades limpias, nadie pudiese mancharlas con el agente productor de la terrible enfermedad.

Se creó el cordón sanitario, una iniquidad bárbara, si es que alguna puede no serlo, más terrible aún que la misma plaga que pretendía evitar. Se suscitaren escenas salvajes en muchos pueblos, y con todo ello no se pudo precaver el mal que, como era lógico, siguió la corriente de las aguas, invadiendo muchos lugares de España como se recordará en otras páginas de estas mismas crónicas.

La ciencia médica no pudo en aquella ocasión dominar los ímpetus fieros de la ignorancia, ni vencer las preocupaciones del vulgo. Por el contrario los doctos aparecieron ante los profanos dando un espectáculo realmente infeliz. El Doctor Letamendi, un maestro de la Facultad de Medicina poseía singulares condiciones. Era sabio de veras; un anatómico formidable y además un patólogo de primer orden que aspiraba á penetrar en los arcanos de las Ciencias naturales, llevando por guía á las Matemáticas. El Doctor Letamendi, además de anatómico y patólogo, mostrábase pensador originalísimo, literato y músico, un hombre en fin que no dejó rastro de su paso en fuerza de prodigar su gran talento,

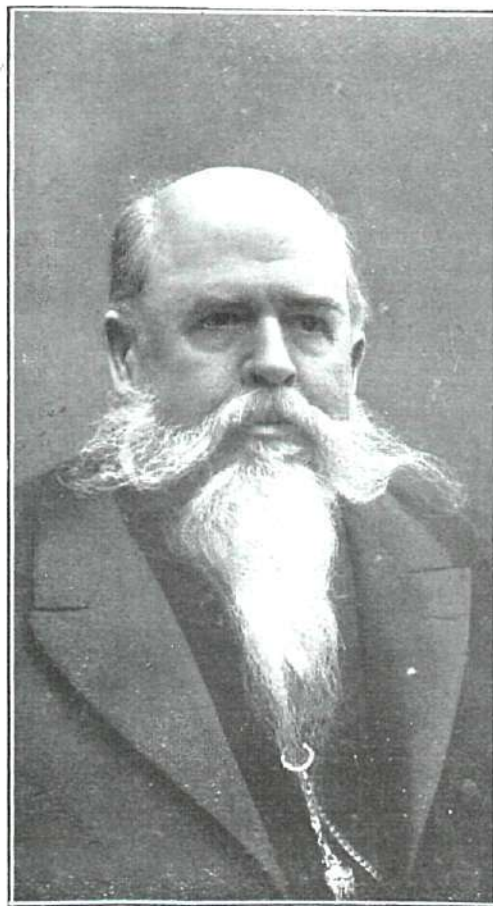


EL DOCTOR LETAMENDI

su esclarecido ingenio en cátedras y Ateneos sin dedicar ningún espacio á la detenida tarea de escribir libros.

Pues bien, este insigne doctor afirmó un día que el bacilo vírgula, el que engendra el cólera, no encontraba la muerte en el ácido fénico dictador de los desinfectantes por aquellos días y que por lo mismo de nada servían fumigaciones ni otros medios para contrarrestar la potencia destructora del agente mortífero.

Las aseveraciones del Doctor Letamendi fueron contradichas por otros médicos y se armó una gran polémica en los periódicos políticos, saliendo á relucir en ella agrias disputas entre las mayores autoridades de la Medicina nacional en tanto que el cólera seguía avanzando y



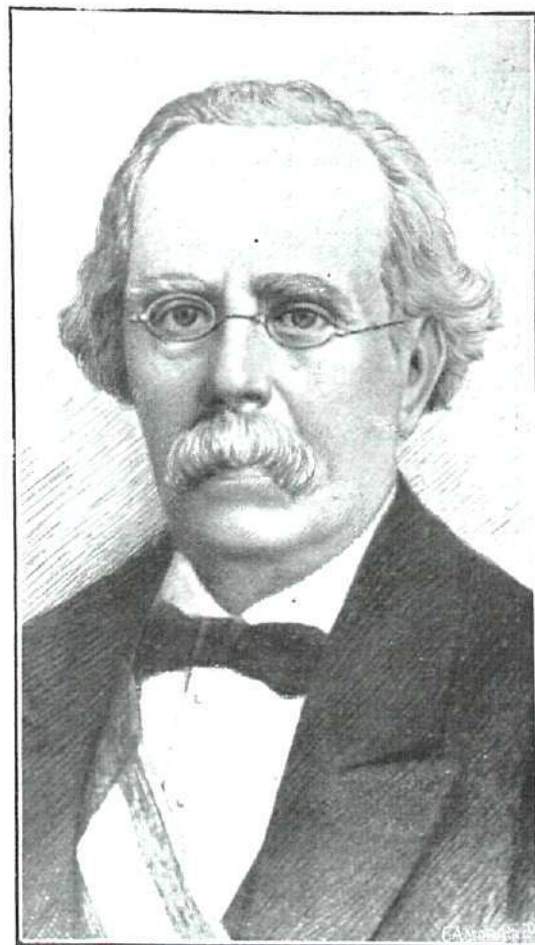
EL MAESTRO CABALLERO

en punto á medidas sanitarias nadie sabía á que atenerse y todo era confusión, miedo, desbordamiento de egoísmos y á veces tiros entre los moradores de unos pueblos contra los de otros.

En treinta y tantos años ¡como ha cambiado la organización social para el mantenimiento de la salud pública y defensa contra sus enemigos! ¡Como asombra hoy recordar lo que dijeron eminencias científicas que desaparecieron gozando de extraordinario prestigio y lo que se hizo frente á los estragos del cólera!

En aquel verano, y acaso por cuanto dieron que hablar los doctores apareció un *Diario Médico Farmacéutico*, que, como era natural, vivió poco. Un periódico diario de Medicina era demasiado periódico y eso que en el aludido colaboraron muchos escritores que todavía gozan de justo renombre y algunos, como Luís Comenge, que acaba de morir en Barcelona, y el Doctor Larra y Cerezo hace pocos años desaparecido del mundo, que fueron con razón gala de la literatura científica nacional.

También en el verano de 1884 desertó de la vida cargado de laureles García Gutiérrez, el glorioso poeta que con el *Trovador*, *Venganza Catalana* y *Doña Urraca de Castilla* parecía haber conquistado la inmortalidad y del que ya apenas se acuerdan ni siquiera los que hablan del Teatro poético. Por tal fecha murió un Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Moreno, y un gran



GARCÍA GUTIÉRREZ

periodista, Quico Peris, que, de no haberse malogrado, habría desempeñado papel principalísimo en la política.

A propósito de periodistas, los Directores de los diarios de Madrid se reunieron entonces para acordar que no se publicaran noticias de suicidios en cumplimiento de una recomendación del congreso médico y en Europa tuvo resonancia la contienda científica mantenida por Pasteur y Koch, los dos grandes bacteriólogos, francés y alemán que honraron á sus patrias respectivas con trabajos que han sido fecundos para la humanidad entera.

De todas estas cosas hablamos mucho en Agosto y Septiembre de 1884, los concurrentes á un teatro que se llamaba de Recoletos y existía en la calle de Olózaga. En tal teatro se representó una revista titulada «Los bandos de Villafrita» que tuvo un éxito calurosamente bueno. El año entero estuvo representándose y ya de ella no queda ni rastro. Murieron sus autores Navarro Gonzalvo y el maestro Caballero, murieron casi todos sus intérpretes, y los que no murieron viven en el mayor olvido; Antonia García, una hermosa y saladísima tiple, Sigler, un barítono admirable, Salvador Videgain y otros cuyos nombres se repitieron mucho en los lejanos tiempos á que aludo y ya no suenan hoy nada.

Murieron del mismo modo los personajes satirizados ó aludidos en la obra; Castelar, Sagasta, Martos, Pidal, Romero Robledo, Ruiz Zorrilla; famosos hombres que producían entonces una verdadera explosión de pasiones.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde aquellos días!

El mismo que tienen los billetes de 25 pesetas porque entonces aparecieron por primera vez y el mismo de la Necrópolis del Este porque se abrió al servicio público. Es lo único que perdura, el dinero, el poder del cual no cambia y el eterno y desconsolador imperio de la muerte.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ